

CAPÍTULO 1

LA PANDEMIA, EL ASCENSO DE CHINA Y EL NUEVO MAPA DEL PODER MUNDIAL

DESAFÍOS PARA AMÉRICA LATINA

Gabriel Esteban Merino y Amanda Barrenengoa

INTRODUCCIÓN

La Pandemia del COVID-19 aceleró las tendencias centrales de la transición histórica-espacial mundial contemporánea, profundizando la crisis del orden mundial estructurado bajo la hegemonía estadounidense o, en términos más profundos, anglo-estadounidense (Merino, 2016). A partir de allí se establece un nuevo momento en el mapa del poder mundial.

Para analizar los cambios en el mapa del poder mundial es necesario observar las seis tendencias principales de la transición histórica-espacial actual:

El ascenso de Asia Pacífico y de China en particular, a la par del declive relativo del Occidente geopolítico y de Estados Unidos.

Crecientes contradicciones político-estratégicas en torno a la redistribución o democratización del poder y la riqueza mundial, entre aquellas fuerzas y potencias dominantes que pregonan por un retorno al orden unipolar anterior, y quienes apuestan a un orden multipolar. Asistimos a la configuración de un mundo multipolar y al mismo tiempo con rasgos bipolares, junto a crecientes contradicciones entre el Norte y Sur Global.

La crisis de hegemonía que se expresa, a su vez, como una crisis del orden mundial, de sus instituciones multilaterales y de su legitimidad¹.

La crisis económica estructural que se observa con claridad desde 2008, especialmente en el Norte Global, y que está en relación con la crisis del capitalismo financiero neoliberal y de la llamada globalización.

La transformación en las relaciones de producción en articulación a un nuevo paradigma tecnológico, que se conoce como ‘cuarta revolución industrial’ –vislumbrando en China un nuevo modelo de desarrollo a partir de la combinación de modos de producción, llamado ‘socialismo de mercado’.

Procesos disruptivos en los países periféricos y semi-periféricos que agudizan las luchas nacionales y las disputas geopolíticas.

Además de las tendencias mencionadas, la disputa se da en seis dimensiones centrales en las cuales cada poder intenta acumular fortalezas:

Tecnológico-productiva;

Financiero-monetaria;

Administración, acceso y control de recursos naturales;

Medios de comunicación masiva;

Armas de Destrucción Masiva y desarrollo de Complejos Industriales Militares;

Matrices Ideológicas y cosmovisiones.

El impacto y sentido de la pandemia se expresa en las palabras del general chino retirado y teórico militar, Qiao Liang, quien afirmó:

No es la primera vez que el hombre se enfrenta a una epidemia y no todas las epidemias provocaron un cambio tan significativo. Para cualquier cambio, la causa externa es el factor desencadenante y la causa interna es el factor decisivo. Esta epidemia es sólo la gota que colmará el vaso de este ciclo de globalización y la fuerza motriz que lo impulsa (Dangdai, 22 de mayo de 2020).

No resulta casual que esta crisis se compare con la de los años 1930 o de la Segunda Guerra Mundial, aunque a primera vista sus causas parezcan distintas. El crack de 1929 y la depresión económica subsiguiente se corresponden con el período de entreguerras en plena transición histórica del sistema mundial, con

¹ El concepto de hegemonía que se utiliza está en diálogo con lo desarrollado por Cox (2016), Arrighi y Silver (2001) y Arrighi (2007).

la crisis del orden mundial y con la agudización de la lucha inter-imperialista que devendría en guerra comercial y económica, carrera armamentística y tecnológica, guerra en escenarios secundarios y finalmente guerra mundial. El aire de familia entre la situación del pasado y el presente es que el mundo atraviesa por procesos de transición con profundas transformaciones en la cartografía del poder. En este sentido, si en la crisis de 1929 Estados Unidos fue el epicentro, pero el golpe más fuerte se sintió en Europa y destruyó algunos de los pilares fundamentales de la hegemonía británica, ahora la pandemia tuvo como primer epicentro China, pero los principales impactos se están viendo en el Occidente y en particular en Estados Unidos, acelerando la crisis de hegemonía y su devenir en caos sistémico.

Sin embargo, la transición actual es sustancialmente distinta. Lo que está en cuestión son las propias características del sistema mundo moderno, como lo es el dominio del imperialismo occidental y modo de producción capitalista tal y como lo conocemos. En el presente trabajo destacamos aspectos centrales que definen, a partir de la pandemia, un nuevo momento en el mapa del poder mundial, teniendo como trasfondo el análisis de las principales tendencias mencionadas y, también, las distintas dimensiones centrales de la disputa de poder señaladas. Para complementar el análisis indagamos en los efectos de este nuevo momento en la región suramericana.

NUEVO MOMENTO GEOPOLÍTICO MUNDIAL

Hoy nos encontramos atravesando un proceso inverso al acontecido desde fines del siglo XV de expansión y ascenso de occidente y de su consolidación a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, que recibe el nombre de “Gran Divergencia”. En esos años, mediante la conquista del subcontinente indio y las guerras del opio contra China, el imperialismo capitalista occidental encabezado por Gran Bretaña logró subordinar y periferalizar las economías más importantes del mundo y las dos civilizaciones milenarias más populosas, para imponer el sistema capitalista moderno a nivel mundial. Este evento constituye un punto de quiebre que cristaliza el ascenso de Europa occidental iniciado a finales del siglo XV y que, a finales del siglo XIX completa, con la conquista de África, su extensión al conjunto del orbe. Entre 1492 y 1914, Europa occidental conquistó el 84% del mundo, imponiendo su modernidad. En el siglo XX y luego del vertiginoso ascenso de Japón y de los tigres asiáticos, re-emerge China, el centro histórico de Asia Pacífico, que hasta

principios del siglo XIX explicaba una tercera parte de la economía mundial. Si bien dicha re-emergencia tiene una larga historia cuyo punto de bifurcación fundamental está en la revolución nacional y social de 1949, en el siglo XXI podemos señalar, por lo menos, cinco momentos claves, que marcan cambios fundamentales en el mapa del poder mundial y sus entrelazamientos con el ascenso chino.

1997-2001. Después de recuperar Hong Kong en 1997 y Macao en 1999, últimos grandes vestigios coloniales territoriales de occidente, en 2001 China también consolida junto a Rusia la Organización para la Cooperación de Shanghái (OCS) una especie de OTAN defensiva en Eurasia cuyo desarrollo se había iniciado en 1997, junto a los países de Asia Central: Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán. Tres meses después de fundar la OCS y luego del ataque terrorista conocido como 11/S, Estados Unidos y aliados deciden invadir Afganistán, territorio sur de Asia central. En 2001, China ingresa a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y, por otro lado, marca un hecho de reafirmación soberana al derribar un avión espía norteamericano en su territorio. Por su parte, el gobierno de George W. Bush pone fin al encuadramiento geopolítico de “asociación estratégica en el siglo XXI” y pasa al de “competencia estratégica”. A su vez, la administración estadounidense comienza a ver muy negativamente la incipiente pero creciente influencia económica de China en América Latina.

2008-2009. Con la crisis financiera y económica global con epicentro en Estados Unidos, Beijing dio un gran giro apuntando sus enormes recursos excedentes al mercado interno. Para ello disminuyó en más de 60% el financiamiento a Estados Unidos a partir de la compra de bonos del tesoro. Ello quebró la dinámica de transferencia de excedente hacia Estados Unidos, que absorbe el ahorro global y financia su estructural doble déficit (fiscal y comercial). Además, expandió la inversión en ciencia y tecnología, y avanzó en la adquisición de activos estratégicos y la expansión global de sus empresas, convirtiéndose en un jugador principal en cuanto a la IED (inversión extranjera directa), especialmente en el Sur Global. Asimismo, en 2009 se produjo el lanzamiento del BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), articulando en un bloque a las potencias industriales de la semi-periferia en la búsqueda de reconfigurar el mapa del poder mundial, democratizando la riqueza y el poder. No es casual que desde 2008 se haya cuadruplicado nominalmente el PIB de China, ya que acumulación económica y fortaleza política van de la

mano, manifestándose ambas en la capacidad de quebrar los mecanismos de la dependencia y la subordinación geopolítica.

2013-2014. En 2013, frente a las estrategias de contención impulsadas por Washington y sus aliados (Merino, 2020), Beijing lanza la revolucionaria Iniciativa del Cinturón y la Ruta (Belt and Road Initiative). Junto a esta, se impulsa una nueva arquitectura financiera de escala mundial, como el Banco Asiático de Inversión e Infraestructura (BAII) y el Banco de los BRICS, que ensombrecen al FMI y el Banco Mundial. En paralelo, se profundizan las alianzas con Rusia en todos los planos para consolidar una estructura de poder en el continente Euroasiático que contrarresta la superioridad del “Imperio de Mar”. Estos movimientos exacerbaban las reacciones de Estados Unidos y el Occidente geopolítico y alimentan el desarrollo de una guerra mundial híbrida desde 2014 (especialmente a partir del conflicto en Crimea y Ucrania). En plena crisis de hegemonía, se reconoce una situación de conflicto generalizado, que da lugar a la multiplicación de enfrentamientos bélicos que, directa o indirectamente, involucran a los principales poderes mundiales. El mundo se encuentra inmerso en una situación inédita de contienda fragmentada e híbrida, que combina elementos bélicos convencionales (entre Estados con ejércitos regulares) con no convencionales, y se juega en múltiples frentes – pensemos en los conflictos de Siria, Ucrania, Libia, Yemen, Irak, Afganistán, Sudán del Sur, etc, pero también, bajo formas más difusas, en Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua y el conjunto de América Latina. Los enfrentamientos se multiplican y se despliegan hacia todos los ámbitos: guerra comercial, ciber-guerra, guerra de monedas, guerras financieras, guerra judicial (o lawfare), etc.

2016-2017. Con el triunfo político que obtienen las fuerzas antiglobalistas en Estados Unidos y Reino Unido (triunfo de Donald Trump y Boris Johnson con el Brexit) se inicia un nuevo momento. Estas fuerzas “nacionalistas” conservadoras las conforman los grupos de poder y fracciones de capital que no ven en la globalización, el multiculturalismo y el multilateralismo liberal un vehículo para sus intereses, oponiéndose a las propias instituciones internacionales construidas bajo la hegemonía estadounidense-angloamericana. Esto cambia la geoestrategia del polo principal del poder mundial. Comienza la guerra comercial y la guerra económica-financiera se profundiza a través de bloqueos y sanciones unilaterales por parte de Estados Unidos (Merino, 2019). El orden mundial construido por Washington y sus aliados se derrumba, mientras el enfrentamiento entre potencias es formalizado por Estados Unidos en el cambio de

la estrategia militar presentada en diciembre de 2017, donde vuelve a ser central la pugna con estados rivales que amenazan la “prosperidad” y los “valores” de Estados Unidos en el mundo, especialmente China y Rusia. En sintonía con esta modificación, pero con importantes diferencias, en marzo de 2019 la Unión Europea definió por primera vez a China como un “rival sistémico”. A esto siguió en diciembre la Declaración de Londres de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) mediante la cual, también por primera vez, se subraya “la creciente influencia internacional china”, localizando a Beijing como un rival sistémico, aunque con contradicciones.

2020-2021. El golpe de la pandemia en el escenario del poder mundial implicó el inicio de un nuevo momento geopolítico. La influencia internacional de China ha crecido y mientras el polo de poder que hasta la pandemia era el dominante -pero no el hegemónico- muestra más signos de declive relativo y pérdida de sustento. China se ha convertido definitivamente en un actor global y parece estar dispuesta a asumir ese papel. Se produce un salto cualitativo en las tendencias estructurales que mencionamos al principio y en la disputa en las seis dimensiones de poder.

CRISIS Y TRANSICIÓN GEOECONÓMICA

La pandemia produjo un enorme golpe recesivo global, pero éste fue disímil, como viene siendo hace más de una década la dinámica económica mundial: mientras China fue la única economía grande que ostentó tasas positivas en 2020 con un 2,3% de crecimiento del PIB, en el Norte Global hubo un año con caídas históricas: Estados Unidos -3,5%, la eurozona -6,6%, el Reino Unido -9,9% y Japón -4,8%. El coronavirus actuó como catalizador, acelerando la crisis económica mundial. Desde 2008 buena parte del mundo ingresó en una fase de bajo crecimiento. En paralelo, se produjo un freno al proceso de globalización económica por el cual, desde los años ochenta, por cada punto de crecimiento del PBI mundial, creció dos puntos el comercio y tres puntos la IED.

Como vemos en el gráfico 1, Europa y Japón ya tenían en 2019, previo a la pandemia, un PIB en dólares (nominales) inferior al de 2008. Sólo Estados Unidos muestra crecimiento, el cual en parte se debe a que exacerbó los privilegios de emitir la principal moneda de reserva mundial y financiar junto con la emisión de deuda, sus déficits estructurales (comercial y fiscal), y sus salvatajes financieros. Entre 2008 y 2014 la Fed emitió 3,5 billones de dólares y su deuda pública pasó de 64,64% (2007) al 104,26% (2018) de su PIB. Además,

Estados Unidos todavía puede beneficiarse de sus capacidades estratégicas, su poder financiero y los monopolios tecnológicos que conserva imponiendo su poder sobre aliados y adversarios.

Roubini (28 de abril de 2020) —asesor del secretario del Tesoro durante el gobierno de Barack Obama y quien predijo dentro del mainstream la crisis de 2008— explicaba que, analizando los efectos de la pandemia, se pasará de una fase de estancamiento económico a una fase de gran depresión. Desde otra perspectiva analítica, Roberts (29 de junio de 2018) analiza que desde la Gran Recesión la economía no crece porque la productividad no crece y ello se debe a que no aumenta la inversión debido a la caída en la tasa de ganancia y el exceso de deuda. Ross (2019) define la situación como la nueva “mediocridad Occidental”, en la cual el crecimiento de los países del G7 luego del 2008 es inferior al de la Gran Depresión del 1930, contrastando con las exponenciales tasas de crecimientos chinas y de otras economías del Sur.

Desde 2008 se observa en el núcleo orgánico de la economía capitalista mundial: una crisis de sobreacumulación del capital (que se expresa en el fenómeno de que el exceso de ahorro encuentra unas pocas inversiones productivas); una crisis de sobreproducción y, por lo tanto, de realización (la oferta supera a la demanda), en gran medida como producto de la estrategia neoliberal que deprimió salarios (y multiplicó la desigualdad) para aumentar las ganancias, apropiadas fundamentalmente por las redes financieras globales. A la par, se da un proceso sistemático de financiarización, que la pandemia no hizo más que exacerbar. De hecho, el endeudamiento y la llamada “hiperliquidez” sostenidas por la gran emisión y la tasa de interés casi al 0% (o incluso negativa) en las principales potencias han dado un nuevo salto, alimentando aún más la enorme burbuja preexistente. En 2020 la Reserva Federal emitió en tres meses 3 billones de dólares (casi todo lo que había emitido en seis años de extraordinaria hiperliquidez) y ha comprado una enorme masa de activos, lo que a su vez estuvo acompañado por fuertes emisiones de bonos del Tesoro de Estados Unidos. Todo un nuevo nivel del privilegio exorbitante del dólar. El resultado es que se ha profundizado la brecha entre la economía real y el mercado de valores inflado por la financiarización—que se exagera especialmente en las empresas tecnológicas.

El problema es que se trata de un proceso difícil de frenar en las actuales condiciones económicas, políticas y sociales, y en el marco geopolítico existente. Como advierte hasta *The Economist* (16 de abril de 2020), la pandemia ha agudizado una situación

que ya era explosiva, profundizando la concentración y la polarización social. Pero la propia expansión financiera, instrumentada para evitar una depresión que exacerbaría las tensiones políticas y sociales, implica agudizar el proceso de financiarización que tiende a polarizar aún más a la sociedad. Además, la creciente transferencia de riqueza hacia el capital financiero concentrado tiende a provocar una mayor sobreacumulación del capital y las recurrentes crisis de rentabilidad. Esta situación agudiza la crisis de legitimidad del sistema y exacerba las tensiones entre las clases populares y el gran capital financiero, alimentando las luchas de clases, resquebrajando aún más el contrato entre el gran capital y las clases trabajadoras del centro y desnudando las características plutocráticas de las repúblicas occidentales. También se polariza aún más la relación centro-periferia, alimentando las luchas entre Norte y Sur Global y dejando más en evidencia el dilema entre periferialización o insubordinación.

La imposibilidad del viejo orden de contener y subordinar a los polos de poder emergentes, en los que sobresale China, conlleva la dificultad para establecer una estrategia que supere la crisis económica del Norte. Estos territorios semi-periféricos –fundamentales para la expansión del capital transnacional y solución espacial de la dinámica de acumulación a partir de los años 80’— en la medida en que desarrollaron mayores niveles de autonomía relativa, rechazaron las recetas del Consenso de Washington y aprovecharon la fracturas del viejo “centro” mundial para impulsar sus propios proyectos políticos estratégicos, se constituyeron en obstáculos para las fuerzas dominantes del capitalismo financiero global. A ello se le suma la emergencia de los nacionalismos conservadores en Occidente, que articulan a fracciones de capital retrasadas e impugnan al globalismo; y en el Sur Global, el creciente malestar de las clases populares.

En este marco, el globalismo anglo-estadounidense se enfrenta al desafío de la ‘globalización con características chinas’ comandada por los grandes conglomerados estatales y la política exterior multilateral dual de Beijing: participa de las viejas instituciones multilaterales diseñadas por Occidente y al mismo tiempo crea nuevas instituciones e impulsa la dinámica multipolar (Vadell, 2019). Ello se refuerza con la realidad material de que China cuenta con 124 de las 500 principales empresas a nivel mundial medidas por ingresos, cuando en 2007 tenía sólo 25, superando por primera vez a Estados Unidos (121), según el índice Fortune Global 500 de 2020.

El centro dinámico de la acumulación mundial se traslada de Occidente hacia Asia, produciéndose una transformación económica secular protagonizada por China que crece hace 40 años de forma continuada y a una tasa de 9% anual. Ya a finales de 2014 superó a Estados Unidos como la mayor economía estatal medida en PIB (PPA) y se ha convertido en el gran taller manufacturero del mundo, con un PIB industrial de 4 billones de dólares en 2019, igual a la suma del PIB industrial de EE. UU., Alemania y Japón. Pero no se limita a ser la gran fábrica del mundo en tanto semi-periferia industrial del Norte Global que, bajo la división internacional del trabajo en clave posfordista y transnacional, se especializó en el diseño, las altas finanzas, la tecnología de punta y la administración estratégica a partir del control de las redes financieras globales y sus empresas transnacionales, deslocalizando procesos económicos de menor complejidad. China ha quebrado este esquema de la nueva división del trabajo: en 2019 superó a Estados Unidos en materia de solicitud de patentes, encabeza algunas tecnologías de vanguardia para la llamada cuarta revolución industrial (inteligencia artificial, internet de las cosas, 5G) y lidera la transición energética junto a otros países de Asia Pacífico. Además, planea achicar su retraso tecnológico relativo en otras ramas como la robótica, los semiconductores y la industria aeroespacial a través del Plan Made in China 2025 y otras iniciativas.

Esto indica que China se encuentra en pleno devenir del gran taller manufacturero hacia la conformación del centro económico productivo-tecnológico de mayor magnitud a nivel mundial. La otra cara de la moneda es que los salarios casi se triplicaron en los últimos doce años, tanto como producto de los mayores niveles de complejidad económica como a partir del giro político que se produjo en parte por la presión de sus movilizadas clases trabajadoras que obligaron a importantes transformaciones en el modelo de desarrollo.

China también ha quebrado los monopolios comerciales mundiales del Norte Global y disminuyó relativamente su debilidad en el plano financiero. Ahora se está convirtiendo en una plaza de reserva de valor en plena crisis (a la inversa del mundo emergente que en las crisis sufre la fuga de capitales), destacándose como segundo mercado bursátil mundial y el principal destino de la IED en 2020. Además, los tres primeros bancos más importantes del mundo y el quinto, según activos, son chinos (y son estatales), y China es el principal financiador de infraestructura del mundo. Que China haya conseguido ventajas en el plano productivo, quiebre los

monopolios tecnológicos, dispute el acceso-producción-comercialización mundial de las materias primas o disminuya sus debilidades en el plano financiero lleva a Estados Unidos a la guerra económica: guerra comercial, guerra financiera (a través de sanciones y otros mecanismos) y guerra por la supremacía tecnológica (con Huawei y el 5G como punta del iceberg), que constituyen tres frentes en lo que se libra la actual Guerra Mundial Híbrida.

La crisis, acelerada por la pandemia, implica una gran destrucción de valor y, por otro lado, desde el punto de vista de la producción, se acelera el proceso de “cuarta revolución industrial”. Se trata de dos caras de un mismo proceso de destrucción creativa, que conlleva a una transformación y reingeniería social que hoy vivimos bajo una situación de emergencia, y cuyo desarrollo es aún incierto. Se aceleran los procesos de racionalización y transformación tecnoproductiva en los núcleos más dinámicos de la economía mundial y en Asia-Pacífico en particular, lo que desplaza, devalúa o lleva a la ruina a las unidades menos productivas; lo cual se traslada a la lucha político-estratégica.

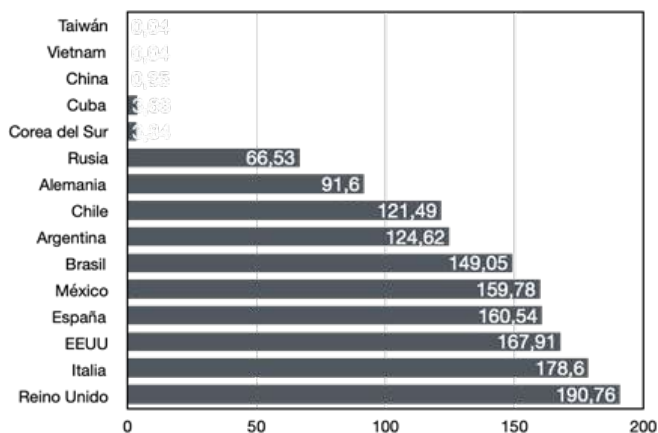
Mientras los estados de las economías capitalistas centrales todavía no parecieran poseer las herramientas para destrabar la dinámica del estancamiento y declive relativo, donde la rentabilidad gobierna y la productividad crece lentamente, China parece tener una ventaja estratégica en su modelo de desarrollo híbrido o combinado: se mantiene propiedad colectiva de la tierra, los núcleos centrales de la economía están en manos de grandes empresas estratégicas estatales que planifican e invierten contra-cíclicamente para enfrentar las situaciones globales de crisis, y existe un fuerte desarrollo de las empresas de pueblos y aldeas de propiedad colectivas, que son una de las principales empleadoras de la economía (Amin, 2013) y que funcionan dentro de la lógica del mercado pero no bajo la modalidad capitalista. Así, en la formación social china se ha desarrollado una combinación de relaciones de producción capitalistas y no capitalistas, en donde estas últimas pesan más en el empleo (Gabriele y Jabbour, 2020); desarrollándose a una escala extraordinaria una hibridación o combinación de modos de producción, denominada “socialismo de mercado”. En ella se mixturán una profunda economía de mercado, con su modalidad para asignar recursos y definir precios, junto con la planificación estratégica estatal y comunitaria, con su asignación de recursos de acuerdo con objetivos de desarrollo de las fuerzas productivas y empleo, y también las formas comunitarias con la búsqueda de bienestar social.

Todos estos elementos se combinan con profundas contradicciones, las cuales dan lugar a importantes choques de tendencias políticas y horizontes complejos, entre los que se destacan las implicancias de la profundización de la desigualdad, el problema medioambiental y el avance de las tendencias capitalistas que podrían imponerse desequilibrando el modelo de “socialismo de mercado”. El devenir de estas contradicciones, junto con aquellas que se desarrollan con el propio su global y reproducen en parte la dinámica centro-periferia aunque de una forma no imperialista, será definitorio en el desarrollo de la actual transición histórico-espacial.

PODER INFRAESTRUCTURAL

En este nuevo escenario mundial es preciso también analizar las dinámicas interestatales y geopolíticas ante la pandemia como parte de los cambios en el mapa del poder mundial. Por lejos, varios países de Asia-Pacífico mostraron una capacidad socio-estatal muy superior frente a la Pandemia del Covid-19. Su capacidad para controlar la enfermedad, tener un bajo número de fallecidos y mantener activa su economía los ubica en una mejor posición ante otras regiones del mundo y, especialmente, Estados Unidos y Occidente, donde se combina una estrepitosa caída en la economía junto con un desastre sanitario.

Gráfico 1: Muertos cada 100 mil habitantes por país



Fuente: elaboración propia en base a datos de Johns Hopkins University (29/03/2021)

La información del cuadro con la cifra de fallecidos por país cada 100 mil habitantes, muestra que los países de Asia Pacífico como China, Japón, Corea del Sur y Vietnam se destacan por el bajo nivel en este indicador, en contraste con Occidente y con América Latina. Se trata de territorios que además cuentan con una altísima densidad de población y en el caso de China, el país más poblado del mundo, además de ser un país de “ingresos medios”, similar a Brasil, por lo que no hay una correlación directa entre riqueza por persona y respuesta a la pandemia.

Si bien son números provisorios, pueden vincularse no sólo con las decisiones gubernamentales y las cuestiones culturales que intervienen, o la preparación por pandemias anteriores. También expresan capacidades socio-estatales de los distintos territorios para hacer frente a situaciones críticas. Dichas capacidades están vinculadas al poder infraestructural del estado, que definimos desde nuestra perspectiva como la capacidad del mismo, en sentido amplio, es decir, en tanto sociedad civil y sociedad política, para poner en ejecución logísticamente las decisiones y desplegar capacidades tácticas y estratégicas. Eso implica una fortaleza estructural que se define por la suma de activos físicos, humanos, organizacionales, institucionales y una legitimidad fundada en una cosmovisión compartida que hace posible el poder infraestructural.

En este sentido, China ha demostrado con la pandemia un importante poder infraestructural, que se observa tanto en su interior como en la política exterior. Esto se aprecia en distintos hechos de relevancia como la construcción de un hospital en diez días, los avances en la tecnología, y en el hecho de que en el mes de marzo, cuando la pandemia azotaba todavía su territorio, exportó 3.860 millones de máscaras, 37,5 millones de trajes de protección, 16.000 ventiladores y 2,84 millones de kits de detección de Covid-19. También donó toneladas de insumos a distintos países del mundo. Es decir, no sólo abasteció a su inmensa población para hacer frente al Covid-19, sino que al mismo tiempo fue un importante abastecedor global de los productos sanitarios básicos. Este poder infraestructural se tradujo en un aumento de la influencia global, con su capacidad para liderar la cooperación internacional.

Ello contrastó con el accionar de los Estados Unidos, lo cual no es sólo a causa de las decisiones del gobierno de Donal Trump, sino que parecería expresar una tendencia más profunda. En esta línea, el general retirado Qiao Liang afirma en una entrevista (Dangdai, 22 de mayo de 2020), que “lo importante no es saber cuán terrible es la epidemia sino darse cuenta de que tanto los Estados

Unidos como Occidente han tenido su hora de gloria y que ahora se han enfrentado a esta epidemia mientras se encuentran en declive". El propio Zbigniew Brzezinski (2013), referente del pensamiento estratégico estadounidense, analiza luego de la crisis de 2008 que las debilidades de su país provenían de una pérdida de "liderazgo", enumerando seis aspectos críticos:

Una deuda insostenible y los déficits presupuestarios estructurales.

Un sistema financiero defectuoso, que constituye una bomba de tiempo sistémica debido a su comportamiento riesgoso y de auto-engrandecimiento.

La creciente desigualdad de ingresos, que unido al estancamiento de la movilidad social es un peligro a largo plazo para el consenso social y la estabilidad democrática.

La decadencia de la infraestructura nacional, siendo su estado más propio de una potencia deteriorada. La Sociedad Americana de Ingenieros Civiles, en su reporte sobre la infraestructura de los Estados Unidos, calificó la situación en la abismal nota D. La decadencia de la infraestructura es un símbolo y un síntoma del declive.

La escasa información sobre lo que sucede en el mundo.

Un sistema político crecientemente congestionado y altamente partidista, que consideramos polarizado.

Las respuestas económicas implementadas desde Washington agrandaron la "deuda insostenible" e hicieron crecer exponencialmente el déficit presupuestario estructural, sin tocar la regresividad del sistema. El "sistema financiero defectuoso", que constituye una "bomba de tiempo sistémica" también se vio apalancado, llegando a nuevos récords la gran burbuja que se transita desde 2008. Además, vimos estallar profundos conflictos sociales cuyo trasfondo central son las desigualdades estructurales y crecientes que atraviesan el territorio estadounidense y que exacerban los conflictos de clase y el racismo. El sistema sanitario colapsado, la brecha tecnológica y los serios problemas de conectividad para poder estudiar en Estados como California, corazón tecnológico del Norte Global, son otra muestra de la desigual realidad social. La ignorancia sobre lo que sucede en el mundo por parte de su población fue alimentada por la sistemática propagación de noticias falsas y la guerra informativa. El propio Trump aprovechó para sembrar paranoia y acusar a China de expandir el coronavirus "intencionadamente" con el objetivo de desestabilizar la economía.

La puja política y las contradicciones sociales al interior de los Estados Unidos se han profundizado, polarizando aún más el

sistema político y agravando la crisis institucional. Basta observar los estallidos en contra de la violencia policial racista, el creciente descontento social y la propia del capitolio por parte de seguidores de Trump. Las pujas entre el globalismo y el americanismo en la definición de la política externa e interna han dado un nuevo salto, y el propio trumpismo alimentó el crecimiento de una fuerza nacionalista conservadora y reaccionaria, que profundizó el nativismo anti-globalista y anti-multicultural, ahondando las grietas que surcan la sociedad estadounidense.

DESIGUALDADES Y RIVALIDAD EN TORNO A LAS VACUNAS

En medio del difícil panorama de la Pandemia, la ONU y el FMI han pedido la consideración de un impuesto solidario a la riqueza para los sectores beneficiados en la pandemia, planteando también la necesidad de un acceso equitativo a las vacunas (Agencia Télam, 13 de abril de 2021). La directora general de la OMC, Okonjo-Iweala, instó a los Estados que tienen mayor concentración de vacunas que las “compartan”, mediante mecanismos como el COVAX u otros (OMC, 5 de mayo de 2021). Sin embargo, como expresión de la crisis del multilateralismo y del orden mundial establecido en la posguerra, estas instituciones perdieron legitimidad para gestionar la pandemia.

Asimismo, las posturas en torno a la “liberación de las patentes” son también expresión de estas disputas en el plano geopolítico. Un repaso por la distribución de las mismas nos permite analizar la situación de concentración de poder y, principalmente, la carrera por las vacunas que tiene como protagonistas a las principales potencias y capitales en pugna hoy. Al mismo tiempo, es preciso considerar las diferentes variables que atañen, a grandes rasgos, la producción de vacunas y el conocimiento tecnológico para producirlas, su distribución en términos de comercio, la producción de sus componentes, y las restricciones para la exportación y circulación de los diferentes productos vinculados con estas.

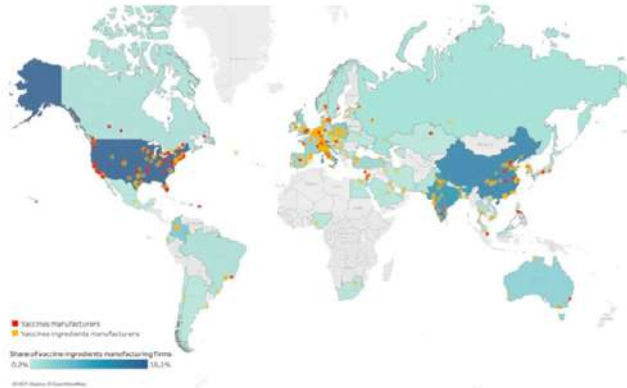
En este sentido, la administración de Biden se sumó a las declaraciones públicas sobre la distribución de la tecnología de las vacunas para el COVID-19; una idea propuesta el año pasado por Sudáfrica e India (AP News, 6 de mayo de 2021). A esta idea se sumaron más de 100 países, incluyendo 110 miembros del Congreso estadounidense –todos Demócratas-. También, Katherine Tai, Representante de Comercio norteamericana reportaba en un comunicado que, “la administración cree fuertemente en

la protección a la propiedad intelectual, pero para poner fin a esta pandemia, apoya la exención de esas protecciones para la vacuna de COVID-19” (AP News, 6 de mayo de 2021, traducción propia). Más allá de que hay actores que aún no apoyaron dicha suspensión (como Canadá, Japón, el Reino Unido, la Unión Europea), cabe preguntarse por el significado real de estas acciones en términos de qué implica para los proveedores de insumos, para quienes ostentan el “know how” y las patentes, para quienes la distribuyen, y cómo afecta a los sectores más concentrados del circuito. En este sentido, la canciller alemana Angela Merkel se opuso argumentando que, “la protección de la propiedad intelectual es una fuente de innovación y debe seguir así en el futuro”, y agregó que, la limitada capacidad de producción y los estándares de calidad son los principales obstáculos para una mayor distribución de las vacunas, y no las patentes (Deutsche Welle, 7 de mayo de 2021). Esto relativiza la consideración de que la liberación de las patentes sea la única acción posible en este contexto, y a su vez, pone de manifiesto la competencia entre empresas proveedoras y laboratorios productores de insumos y componentes de las vacunas, en su vínculo con las políticas sanitarias estatales que se inclinan por cierto proteccionismo nacional a la hora de defender sus intereses en medio de una pandemia. Recordemos que la empresa alemana Biontech desarrolló junto con Pfizer una de las vacunas principales utilizadas en Occidente.

En el caso de EE. UU., son enormes las ganancias extraordinarias que los laboratorios Pfizer, Moderna, y Johnson & Johnson vienen acumulando. Son estos los sectores que mayor presión ejercen para evitar que se liberen las patentes de sus vacunas, y que han manifestado su rechazo. Ahora bien, esto se corresponde con la situación actual, a partir de la cual, los dos principales exportadores de los componentes clave de las vacunas para el COVID-19 son EE. UU. y la UE. A partir de allí es posible identificar los diferentes actores en juego, y sus estrategias disímiles con relación a cómo actuar ante la pandemia. Si bien EE. UU. y la UE representaron la mitad de las exportaciones totales de productos y componentes de las vacunas, los sigue el Reino Unido, y luego por China y Japón, en menor medida. Siendo la posibilidad de liberar o no la propiedad intelectual de las vacunas una de las dimensiones de la distribución mundial de vacunas, otras no menos importantes son la circulación y distribución (con sus consiguientes restric-

ciones), la asignación y los contratos y reglas (World Bank Document, 2021). El siguiente cuadro muestra la distribución de la producción de vacunas, los productos y componentes de las mismas a nivel mundial.

Gráfico 2. Distribución de la producción de vacunas, productos y componentes de estas a nivel mundial.



Fuente: Banco Mundial en base al Banco Asiático de Desarrollo (World Bank Document, 2021).

Podemos observar los fabricantes de la vacuna y sus diferentes componentes, entre los cuales se destaca la coincidencia entre los lugares donde se generan tanto los contenidos de las vacunas como el producto finalizado. Los puntos rojos señalan los territorios de producción, y los amarillos los lugares donde se generan los componentes. Más del 70% de las empresas identificadas por el Banco Asiático de Desarrollo como productoras de los insumos están ubicados en la Unión Europea (156 empresas), Estados Unidos (70 empresas), China (49 empresas), India (43 empresas). Asimismo, el informe indica que, entre las 857, más del 90% tienen sede en los EE. UU. (563), la UE (89), Canadá (42) y China (17). De las filiales de empresas que actualmente producen vacunas, 42 tienen sede en EE. UU. (Johnson & Johnson, Pfizer y Novavax), dos con sede en el Reino Unido (AstraZeneca y GlaxoSmithKline), dos en Francia (Sanofi y Valneva) y las restantes en Alemania (Curevac), Japón (Medicago) y China (Sinovac, Sinopharm) (World Bank Document, 2021, p. 16). En este informe faltan las vacunas producidas por el instituto Gamaleya,

la Sputnik V, primera vacuna registrada para su uso contra el COVID-19, con sede en Rusia. Junto con China y el Reino Unido, fueron las primeras vacunas que empezaron a utilizarse a finales de 2020².

Es notorio el grado de concentración en laboratorios que producen los insumos y componentes vinculados con las vacunas contra el COVID-19 y las vacunas mismas. En su distribución, también quedan en evidencia las posturas de Rusia y China, que además de proveer a sus países y a Asia- Pacífico, lo hicieron con otras zonas de Oriente y América Latina. Esto marca una importante diferencia con las multinacionales del Norte Global, que vendieron sus vacunas en los mercados occidentales.

Por otro lado, es sabido que per se, la liberalización de los derechos de propiedad no significa la ampliación en el acceso a estos productos, ni la posibilidad de producción de la vacuna por parte de países que cuentan con la tecnología para hacerlo. De ahí que la propuesta de liberar las patentes sea insuficiente para resolver el problema de las desigualdades que la pandemia pone de manifiesto en términos de acceso a las vacunas, principalmente en cuanto a su producción y distribución, acentuando las desigualdades entre Norte y Sur Global. El caso latinoamericano muestra la mayor presencia de vacunas provenientes de Rusia y China antes que de Estados Unidos, marcando las diferencias en cuanto a las prioridades, con la relevancia de una política sanitaria como política exterior en el primer caso, y la priorización de la vacunación al interior de sus fronteras, para el caso norteamericano. También, marca la continuidad de la estrategia geopolítica china, y el aprovechamiento de la situación de pandemia para avanzar en sus relaciones con los Estados latinoamericanos, en un contexto donde es evidente la dificultad de las instituciones internacionales para dar respuesta a los problemas actuales.

En síntesis, la situación actual es de una alta concentración en la fabricación de las vacunas contra el COVID-19 en un reducido grupo de empresas y laboratorios, lo cual impacta en las cadenas de valor y en su comercialización. Como eslabones de estas cadenas, la producción de insumos podría ser algo a lo que podrían aspirar estados como Argentina, si las barreras y condicionamientos a las exportaciones de dichos productos se flexibilizaran, algo complejo

2 El registro de la vacuna Sputnik V fue criticado por sucederse en la fase III, criterio que comparten tanto Rusia y China, a diferencia de Europa y EE. UU., por considerar la emergencia de su uso. Luego de la publicación del informe en la revista *The Lancet*, se demostró su alta efectividad.

en el panorama geopolítico actual donde la salud es una mercancía y vehículo de disputas mayores, con la política sanitaria como parte central de una nueva fase en los enfrentamientos actuales. En este marco, las recientes declaraciones de Biden sobre la liberalización de las patentes se produjeron luego de que India prohibiera operar a las empresas Huawei y ZTE en su mercado de 5G, lo cual ilustra las dinámicas de tensión que superponen las políticas sanitarias con las tecnológicas y comunicacionales. En tanto señal de su alianza con Estados Unidos, repite las acciones que éste viene promoviendo a partir de los sistemáticos cuestionamientos a la empresa china acusandola por actividades de espionaje (BBC, 5 de mayo de 2021). Estos acontecimientos abonan a las disputas y al carácter multidimensional de los conflictos que se vienen sucediendo, volviendo a marcar la preeminencia de China como actor de peso sobresaliente en la pandemia.

LAS TENDENCIAS PREDOMINANTES EN LA REGIÓN

En el marco de estas tendencias asistimos a la agudización de las tensiones en la región latinoamericana. La crisis por COVID-19 plantea una situación de emergencia extrema, ante la cual se plantea la oscilación entre la profundización de la crisis y el declive periférico, o la posibilidad de recomposición. Junto con esta última, una orientación necesaria en el escenario post pandemia es el avance de condiciones para el desarrollo y la autonomía relativa de los Estados latinoamericanos que vienen siendo postergadas, inclusive en contextos favorables. El número de contagios y fallecimientos por habitantes, la escasez de materiales básicos para enfrentar la pandemia, los problemas de organización social-estatal que se articulan con profundas disputas político-estratégicas, la dificultad para enfrentar los efectos económicos y sociales de la situación sanitaria, los problemas de acceso y distribución a las vacunas y la insuficiente actuación de organismos regionales e internacionales, entre otras cuestiones, nos muestran un panorama complejo, en el que predominan las preexistentes desigualdades entre Norte y Sur Global y la fragmentación regional en un marco de crisis estructural³.

Esta situación no se explica sólo por elementos estructurales de la región sino que está estrechamente ligada al giro neoliberal-conservador que se produce en el último lustro. La recomposición

3 Durante el 2020, América Latina tuvo casi medio millón de muertes por COVID, destacándose Brasil con 425 mil.

del poder político y estratégico nacional en las seis dimensiones mencionadas logradas a comienzos de siglo -con limitaciones estructurales-, fue desarticulada de manera abrupta con la interrupción –por vías electorales en algunos casos y en otros mediante golpes- de los gobiernos nacionales-populares.⁴ Se trató de un importante retroceso con enorme impacto económico-social, que encontró como corolario la expansión de la pandemia a nivel regional, reforzando las asimetrías tanto entre Norte y Sur Global, y al interior de este. El retorno a una senda económica aperturista, con el abandono del regionalismo autónomo que exacerbó la fragmentación regional (Barrenengoa, 2020), significó una pérdida de peso en los asuntos mundiales, el estancamiento económico, la primarización y desindustrialización, un serio proceso de periferalización y una total subordinación geopolítica. Es decir, la pandemia estalló con un mapa regional latinoamericano que mostraba la profundización de una “subordinación pasiva” (Berringer, 2015), característica de los Estados dependientes, en términos de los vínculos con los grupos dominantes internacionales y particularmente, en relación con Estados Unidos -potencia de declive relativo que, lejos de mostrar un liderazgo en la ayuda regional compitió con los países latinoamericanos para obtener recursos.

Este giro neoliberal-conservador protagonizado por las oligarquías locales articuladas con las oligarquías financieras y grupos de poder del Norte Global, se produjo en plena crisis de hegemonía anglo-estadounidense y con un proyecto de globalización neoliberal agotado, en donde se profundiza aún más, el proceso de financiarización y, con ello, la intensificación de la transferencia de riqueza desde los sectores de la producción y el trabajo hacia el gran capital financiero y el incremento de la fuga de capitales⁵, bajo una situación de estancamiento, sin siquiera lugar para el desarrollo del subdesarrollo.

4 El regionalismo autónomo, si bien tuvo muchos límites, no sólo logró cristalizarse en instituciones como UNASUR y CELAC, sino que también se reflejó en materia comercial: en el período 2008-2014, los Estados parte del MERCOSUR participaron del 55% de los intercambios comerciales dentro de la región, alcanzando los mayores flujos de comercio intrarregional (OBIESUR, 2020). La importancia de estas cifras deriva en que se trata de vínculos comerciales más diversificados y con mayor valor agregado que aquellos con otros Estados del mundo, consistente centralmente en la exportación de materias primas.

5 En este aspecto el caso de la Argentina fue paradigmático. De acuerdo con el informe del Banco Central (14 de mayo de 2020), se triplicó la fuga de capitales en el período (2015-2019), por un monto de u\$s86.000 millones. En dicho período, el informe del BCRA indica que “de cada 10 dólares que ingresaron, 8 tenían su origen en colocación de deuda y capitales especulativos” (BCRA, 15 de mayo de 2020).

Pero estas coaliciones de gobierno que buscaron implementar políticas económicas y estrategias de inserción internacional llamadas “aperturistas”, se encontraron desconectadas del nuevo mapa de poder mundial, caracterizado por una generalización de conflictos en distintos frentes, el desarrollo de una situación de guerra híbrida mundial que involucra a los principales poderes y la emergencia del nacionalismo conservador anti-globalista en el corazón del viejo orden mundial. Asimismo, el abandono de una política autónoma en el plano regional tuvo como corolario el avance de intereses extranjeros por sobre los Estados sudamericanos (Míguez, 2016), sumado a la fragmentación regional, notable actualmente en las discusiones en torno a la flexibilización y los objetivos estratégicos del MERCOSUR, apoyado por Uruguay y Brasil centralmente. Con relación a la pandemia, existieron limitadas acciones conjuntas por parte de sus Estados parte⁶, lo cual indica la falta de estrategia para afrontar la pandemia como región. Sin instancias de coordinación, como también lo era la UNASUR, y sin una mínima estructura institucional como podría ser su Consejo Ministerial de Salud (cuya sede estaba en Brasil), la posibilidad de una estrategia sanitaria regional se debilita. Junto a ella, la articulación de una política económica que favorezca los sectores económico-productivos de la región se muestra también como un obstáculo para sortear las dificultades del presente conjuntamente, agravado por las tendencias crecientes hacia la concentración de las ganancias producto de las políticas sanitarias que promueven los Estados, pero con la que lucran las empresas y laboratorios.

Ante esta situación, Rusia y China han logrado contrarrestar los intentos de Estados Unidos por controlar su área de influencia, sin proveer de insumos ni vacunas a los países latinoamericanos de forma directa. Por el contrario, y a pesar de las presiones, hasta Brasil ha establecido contratos en varios estados para recibir la vacuna rusa y china, junto con el resto de los países de la región. La “diplomacia de las vacunas” está convirtiendo a ambos en líderes globales en la provisión de vacunas e insumos para toda la región latinoamericana, con especial presencia en los países sudamericanos.

6 Una de ellas fue la creación de un fondo de 16 millones de dólares, en el marco del FOCEM, para un “Programa de educación, investigación y biotecnologías aplicadas a la salud”, entre los miembros del bloque, un volumen insuficiente para el contexto de emergencia sanitaria.

La pandemia también emerge como un agravante de las precedentes crisis económicas y procesos de fragmentación y periferyización. Según la CEPAL (2021), América Latina y el Caribe cayeron 7,7% en 2020 y la pobreza ascendió a 209 millones (33,7%), 22 millones de personas más que el año anterior, mientras que más de 40 millones perdieron sus empleos. De ese total, 78 millones de personas se encuentran en situación de pobreza extrema. En cuanto al trabajo, 140 millones de personas, alrededor del 55 % de la población activa, se encuentran en la economía informal (Oxfam, 27 de julio de 2020), lo cual se agrava con las políticas de restricción de circulación y contención frente a la Pandemia, y con la carencia de organismos financieros regionales que auxilien a los países en estas coyunturas sin imposición de políticas económicas acordes a los intereses del gran capital. A su vez, la inversión pública promedio en salud de los países de América Latina es del 4 % del PIB, la mitad que los países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), lo cual ya predetermina importantes falencias estructurales.

Todo esto confirma que la pandemia exacerbó los mecanismos estructurales de producción de desigualdades globales, lo cual se hizo más evidente en América Latina. Mientras las economías se desplomaron, los 73 mil superricos que conforman las clases económicas dominantes ampliaron su patrimonio en 48.200 millones de dólares, 17 % más que antes de la aparición del COVID-19, impulsando un retroceso de 15 años para la región (Oxfam, 27 de julio de 2020). En la región más desigual del mundo en varias dimensiones, únicamente tres países aplican un impuesto sobre el patrimonio: Argentina (impuesto máximo del 1,25 %), Colombia (1 %) y Uruguay (1 %). Además, las excepcionales políticas para amenguar la situación fueron duramente resistidas (como la contribución extraordinaria en Argentina) o incluso se intentaron implementar políticas impositivas aún más regresivas como en Colombia. Un agravante de esta situación es el accionar de instituciones financieras como el FMI y acreedores privados que arrastran los distintos Estados a políticas de ajuste permanente y reformas regresivas que viabilicen la extraversion sistemática del excedente.

Por último, nos referimos a la situación geopolítica de la región, destacando en una lectura de la correlación de fuerzas a nivel mundial, dos rasgos centrales, distinguiendo tendencias coyunturales de estructurales. Por un lado, los cambios al interior de las alianzas de gobierno norteamericano y la crisis que el poder imperial viene atravesando; y en simultáneo, el ascenso de China y

su presencia en la región. A grandes rasgos, la histórica injerencia norteamericana en la región norteamericana se mantuvo en los últimos años, con un endurecimiento de la agenda de seguridad y represiva como rasgo característico de la administración de Trump, muy claros en el hostigamiento a Venezuela y en el disciplinamiento que esto implicó para el resto de los Estados del continente. Esto también se vislumbra en las elecciones del BID en el 2020, y la incorporación del candidato norteamericano Mauricio Clever-Carone. Situamos este evento en el marco de la guerra comercial, económica y geopolítica con China, como un intento por limitar su inminente cercanía con los países de la región y recuperar terreno de liderazgo por la fuerza⁷. Ahora bien, más allá del resultado electoral, durante el proceso de negociaciones y posicionamientos previos asomaron ciertos intentos por parte de algunos actores de peso en la región –y en la UE– por limitar el ejercicio de poder norteamericano. No ocurrió lo mismo en relación con la política exterior durante los gobiernos de Macri y Bolsonaro. Ambos estados mantuvieron una relación de subordinación pasiva (Berringer, 2015), que se tradujo en la profundización de los vínculos de la dependencia, el endeudamiento y el agravamiento de la periferización, lo cual contrastó fuertemente con los procesos de desarrollo autónomo buscados en la década previa.

Por fuera de toda tradición, la política exterior norteamericana marcó con claridad el peso de sus objetivos geopolíticos y la importancia que la región asume de cara a su disputa con China, quien pisa cada vez más fuerte en la región, desmarcándose de la estrategia de política exterior norteamericana, que su Estado profundo mantiene independientemente de sus administraciones. Por encima de ciertos discursos como el de Biden en la apertura de sesiones del Congreso, sigue siendo clara la postura de “America First” (América primero), como planteo principal que se sostiene en la agenda norteamericana tanto en su política doméstica como en relación con sus vínculos con otros Estados, con un endurecimiento de sus políticas hacia la región. En este escenario, cabe preguntarse si la forma que tomará la política exterior de la administración de Biden retomará su postura unipolar multilateral agresiva.

7 Electo con el apoyo de 30 países, registrándose 16 abstenciones (Argentina, Chile, México, Perú, Trinidad y Tobago, más países de la UE que significan el 33,2% de la estructura accionaria), a pesar de no lograr un apoyo unánime, cosechó un 66,8% del capital accionario (Página 12, 12 de noviembre de 2020), incrementándolo para el ejercicio de su cargo durante los próximos cuatro años.

Por su parte, las tendencias de ascenso de Asia Pacífico y en particular, China, se acentúan en el escenario de pandemia, con la expansión de sus políticas de “soft power” para con la región, consolidando un proceso previo que ya es una señal de época. Esto se traduce, además de la provisión de vacunas e insumos para la pandemia, en las incorporaciones de los Estados latinoamericanos a la iniciativa BRI, un proceso en ascenso del que ya forman parte Venezuela, Chile, Ecuador, Bolivia, Perú y Uruguay. A esto se agrega la participación en el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII), que es actualmente, el principal financiador de proyectos de infraestructura en todo el mundo, desde su creación en 2014⁸. Junto al Export-Import Bank, son los mayores prestamistas de los Estados latinoamericanos, entre los que se destacan Venezuela, Brasil, Ecuador y Argentina como principales destinatarios de los US\$137 mil millones que se prestaron entre 2005 y 2019. La incorporación de la región latinoamericana en el proyecto chino ha multiplicado las inversiones en infraestructura para el sector de energía (56% de las inversiones) y transportes (27%), alcanzando los US\$61 mil millones (Congressional Research Service, 2020). En términos generales, el comercio entre China y América Latina aumentó de US\$17 mil millones en 2002 a casi US\$315 mil millones en 2019, con un ascenso de las inversiones a US\$130 mil millones entre 2005 y 2019.

De esta manera, en cuanto a política exterior, financiamiento para infraestructura energética y transporte y políticas sanitarias, China viene avanzando a pasos agigantados en el desplazamiento de Estados Unidos y las instituciones de Breton Woods como principales financiadoras de la globalización neoliberal en América Latina. Dos diferencias cruciales son, por un lado, la flexibilidad en cuanto a los condicionamientos a los países receptores de dichos préstamos, muy diferentes al accionar de organismos como el FMI que han marcado la agenda de política económica de nuestros países⁹. Y por otro, por tratarse de una respuesta alternativa ante la crisis actual, que contiene un proyecto de desarrollo y crecimiento en los planos financiero y de infraestructura, para salir de la recesión, lo cual

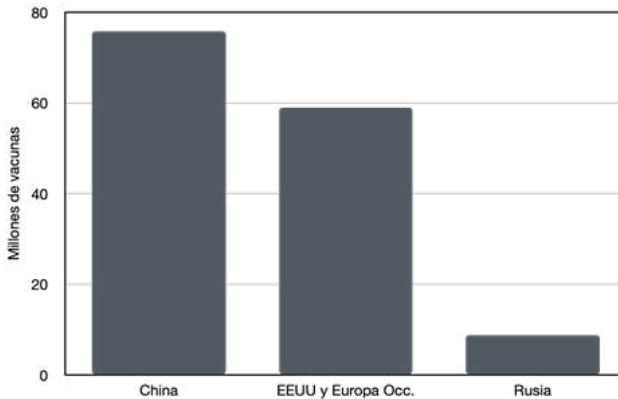
8 Argentina es el sexto país latinoamericano en incorporarse a esta iniciativa, que tiene entre sus proyectos el Corredor Bioceánico Ferroviario NOA-CENTRO, mediante el paso internacional de San Francisco (Catamarca), que busca la conexión entre Argentina y Chile.

9 Además de generar, como vimos en el caso de Argentina, préstamos para la fuga de divisas, en lugar de para el desarrollo.

marca hondas diferencias con el poder anglosajón-norteamericano en cuanto a su estrategia de poder global. Se trata de un proyecto geopolítico de amplio alcance que contempla múltiples dimensiones de un desarrollo promovido desde estructuras institucionales fuertes, y que compite, con mayores instrumentos, en áreas estratégicas clave.

Ante estas potentes herramientas con las que cuenta China, es de esperar que las tensiones se recrudezcan y que la región sea un escenario más de las guerras híbridas y la agudización de las contradicciones aquí descritas. Por el momento, es notable en el mapa regional el ritmo y volumen de las vacunas e insumos que llegaron desde China y Rusia, en tanto síntoma del giro que se viene produciendo a nivel geopolítico. A esto acompañan los cambios en el escenario regional con la posibilidad de gestación de una nueva ola nacional popular que articule las distintas fuerzas sociales y políticas ante la inminente crisis del neoliberalismo tardío. Si bien no hay certezas sobre el escenario a futuro, son estas las luchas que se están desarrollando en América Latina, que la pandemia acelera, y que se sostienen más allá de los constantes embates.

Gráfico 3. Vacunas según origen aplicadas en América Latina



Fuente: elaboración propia en base a datos oficiales de los países (10/5/2021)

CONCLUSIONES

La transición histórica-espacial actual del sistema mundial se manifiesta, entre otros modos, como una crisis estructural del capitalismo y una transición geoeconómica y, por otro lado, como una crisis estructural del orden mundial y una transición geopolítica. La crisis estructural del capitalismo se expresa

como un estancamiento que con la pandemia se transforma en depresión en el Norte Global y en América Latina –periferia fundante del centro occidental— junto a otras regiones del mundo, que contrasta con el crecimiento de China y Asia Pacífico. El estancamiento y la depresión económica inevitablemente agudizan la lucha entre capitales, las luchas económicas mediadas por los estados (por recursos naturales, mercados, monopolios tecnológicos y financieros, etc.), las luchas de clases articuladas con luchas raciales y de género, y los enfrentamientos geopolíticos. En este escenario se exagera el proceso de financiarización como respuesta a la crisis en el Norte Global pero que al mismo tiempo potencia contradicciones inherentes a la misma y las polarizaciones sistémicas.

La dinámica económica diferencial está estrechamente relacionada al desarrollo en la formación social china de un proceso de combinación de modos de producción, dando lugar a lo que se denomina socialismo de mercado, que estaría constituyendo un nuevo modo de producción, no sin profundas contradicciones, que dan lugar a importantes choques de tendencias políticas y horizontes complejos, entre los que se destacan las implicancias de la profundización de la desigualdad, el profundo problema medioambiental y el avance de las tendencias capitalistas que podrían imponerse desequilibrando la combinación que sostiene al socialismo de mercado. Por otro lado, esta dinámica y transición geoeconómica encuentra su explicación si se articula con la dinámica política y geopolítica, donde existe una correspondencia entre dichos avances estructurales y los momentos geopolíticos de emergencia de China y el desarrollo de un mundo de multipolaridad relativa que señalamos a partir de fines de siglo XX y principios de siglo XXI.

El golpe de la pandemia en el escenario del poder mundial implicó el inicio de un nuevo momento geopolítico y la aceleración de las tendencias estructurales de la transición histórico-espacial contemporánea. Mientras el polo de poder que hasta la pandemia era el dominante muestra más signos de declive relativo y pérdida de su hegemonía, China se ha convertido definitivamente en un actor global y parece estar dispuesta a asumir ese papel. La situación deviene de la crisis de hegemonía hacia la etapa de desorden mundial o “caos sistémico”, alimentando la guerra mundial híbrida.

Esta disputa se hace notable en la región latinoamericana, donde se vienen acentuando los rasgos de periferización,

con el recrudescimiento de la política exterior norteamericana en su búsqueda por mantener su liderazgo regional desde la unipolaridad. Sin embargo, la presencia China y su proyecto geopolítico sobresalen en un contexto de pandemia y crisis, marcando una tendencia difícil de revertir, augurando nuevos conflictos por las transformaciones en el mapa de poder mundial.

La concentración de empresas que producen tanto los insumos y componentes como las vacunas fue marcado como otro de los rasgos centrales de acentuación de las asimetrías preexistentes entre Norte y Sur Global, con escandalosas cifras de pobreza, desigualdad e informalización de las economías latinoamericanas. Vimos que, en el presente de crisis generalizada, la región plantea serias dificultades en la articulación de políticas estatales que coincidan en la defensa de los intereses económicos y sanitarios más básicos. Más difícil aún coincidir en torno a la producción y distribución de vacunas, no tanto por la falta de infraestructura, recursos y tecnología sino por la concentración del poder mundial y la debilidad de las instituciones internacionales en la gestión de la pandemia. Ante este panorama, China y Rusia se han destacado por la provisión de vacunas e insumos para toda la región, lo cual se da en el marco de complejas disputas en las que entran en juego la producción de vacunas, su distribución, las condiciones de los contratos, entre varias otras dimensiones.

En este camino, la presencia china inaugura una ventana de posibilidades para una planificación estratégica de los Estados nacionales, desde proyectos que planteen una relación con el gigante asiático que amplifique los márgenes de desarrollo y permita romper la histórica subordinación y el condicionamiento a las potencias occidentales y su proyecto de globalización neoliberal. En este análisis, aún está por verse si la transición geopolítica favorece condiciones para la emancipación de los pueblos del Sur Global o si continúa el proceso de fragilización y crisis de los Estados periféricos. En el marco de esta historia y de estos procesos es que es posible pensar en un escenario posterior a la pandemia en el que existan transformaciones reales para los pueblos latinoamericanos. Por último, y en la pregunta por lo que ocurrirá en el mundo post pandemia, es igual de relevante preguntarnos por las consecuencias ambientales de los caminos hacia el desarrollo, donde la sustentabilidad del capitalismo se muestra en crisis.

BIBLIOGRAFÍA

Ap News (6 de mayo de 2021). US backs waiving intellectual property rules on vaccines. <https://apnews.com/article/intellectual-property-coronavirus-pandemic-business-global-trade-health-c2f1ba1e6e150dc6c081b8eb6fe4f1e5>

Arrighi, Giovanni (2007). Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI. Madrid: Akal.

Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly (2001). Caos y Orden en el Sistema Mundo Moderno. Madrid: Akal.

Barrenengoa, Amanda Carolina (2020). De la unidad suramericana a la fragmentación regional: contradicciones en la UNASUR a partir de las políticas de los gobiernos lulistas y las tensiones con las clases dominantes. *Conjuntura Austral*, 11(56), 77–93. <https://doi.org/10.22456/2178-8839.103015>

BBC (Reino Unido) (5 de mayo de 2021). Huawei and ZTE left out of India's 5G trials. <https://www.bbc.com/news/business-56990236>

BCRA (15 de mayo de 2020). Informe Mercado de cambios, deuda y formación de activos externos 2015-2019. <http://www.bcra.gov.ar/Noticias/publicacion-de-informe-mercado-cambios-deuda-2015-2019.asp>

Berringer, Tatiana (2015). A burguesia brasileira e a política externa nos governos FHC e Lula. Curitiba: Appris.

CEPAL (2021). Panorama Social de América Latina 2020. <https://www.cepal.org/es/publicaciones/46687-panorama-social-america-latina-2020>

Chesnais, François (2019). De nuevo sobre el impasse económico histórico del capitalismo mundial. *Viento Sur*, (163), 5–15.

Congressional Research Service (2022). China Naval Modernization: Implications for U.S. Navy Capabilities: background and Issues for Congress. <https://fas.org/sgp/crs/row/RL33153.pdf>

COX, Robert W. (2016). Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el método. *Relaciones Internacionales*, (31), 137–203. <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/article/view/5301>

Dangdai (22 de mayo de 2020). Quién marca el ritmo [entrevista con el General Qiao Liang de Zijing]. <http://dangdai.com.ar/2020/05/22/quien-marca-el-ritmo/>

Gabriele, Alberto y Jabbour, Elias (29 de abril de 2020). ¿China es capitalista? Dangdai. <https://dangdai.com.ar/2020/04/29/china-es-capitalista/>

Katz, Claudio (28 de abril de 2021). China: Tan distante del imperialismo como del Sur global. Viento Sur. <https://vientosur.info/china-tan-distante-del-imperialismo-como-del-sur-global>

Martins, Carlos Eduardo. (2019). *Dependency, Neoliberalism and Globalization in Latin America*. Nueva York: Brill

Merino, Gabriel Esteban (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. *Perspectivas para América Latina. Geopolítica(s) : revista de estudios sobre espacio y poder*, 7(2), 201-225.

Merino, Gabriel Esteban (2019). Guerra Comercial y América Latina. *Revista de Relaciones Internacionales (México)*, (134), 67-98.

Merino, Gabriel Esteban (2020a). El ascenso de China y las disputas estratégicas en los grupos dominantes de los Estados Unidos. *Brazilian Journal of Latin American Studies - Cadernos Prolam/USP*, 19(37), p. 44-77.

Merino, Gabriel Esteban (2020b). La guerra mundial híbrida y el asesinato de Soleimani. *Cuadernos de Pensamiento Crítico Latinoamericano CLACSO*, (71).

Míguez, María Cecilia (2016). La política exterior argentina y su vinculación con los condicionamientos internos en el siglo XXI. *Revista Relaciones Internacionales (Costa Rica)*, (89), 125-142.

Observatorio de Integración Económica de América del Sur (2020). ¿A dónde va el Mercosur? *Revista La Espada (UNILA)*, (23). <https://portal.unila.edu.br/revistas/arquivos/LAESPADAN23min.pdf>

Oxfam (27 de julio de 2020). Aumentan los mil millonarios de América Latina a medida que la región más desigual del mundo se hunde bajo el impacto del coronavirus. <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/aumentan-los-mil-millonarios-de-america-latina-medida-que-la-region-mas-desigual>

Regueiro Bello, Lourdes (2019). América Latina y el Caribe, región en disputa: Estados Unidos versus China. *Revista de Estudios Estratégicos*, (7), 51-86.

Roberts, Michael (29 de junio de 2018). The productivity puzzle again. *The Next Recession*. <https://thenextrecession.wordpress.com/2018/06/29/the-productivity-puzzle-again/>

Ross, John. (2019). The West's 'new mediocre' and the rise of China's economics. *Learning from China*. <https://www.learningfromchina.net/the-west%e2%80%99s-%e2%80%99new-mediocre%e2%80%99-and-the-rise-of-china%e2%80%99s-economics/>

Roubini, Nouriel (28 de abril de 2020). The Coming Greater Depression of the 2020s. Project Syndicate. <https://www.project-syndicate.org/commentary/greater-depression-covid19-headwinds-by-nouriel-roubini-2020-04/spanish?barrier=accesspaylog>

Sanger, David E.; Schmitt, Eric y Wong, Edward (3 de junio de 2020). As Virus Toll Preoccupies U.S., Rivals Test Limits of American Power". The New York Times. <https://www.nytimes.com/2020/06/01/us/politics/coronavirus-global-competition-russia-china-iran-north-korea.html>

Sipri (2018). Data for all countries from 1988–2019 in constant (2018) USD. <https://www.sipri.org/databases/milex>

The Economist (16 de abril de 2020). Is China winning. <https://www.economist.com/leaders/2020/04/16/is-china-winning>

Torralba, Carlos (25 de julio de 2020). Los misiles chinos que inquietan al Pentágono. El País. <https://elpais.com/internacional/2020-07-25/ee-uu-vs-china-escenarios-de-la-nueva-guerra-fria.html>

Vadell, Javier (2019). La globalización con características chinas: una lectura polanyiana de la interconectividad de la Nueva Ruta de la Seda y sus implicaciones para América Latina y el Caribe [Ponencia]. Congreso Internacional Innovación y desarrollo en China: oportunidades para América Latina, Universidad de Sun Yassen, Zuhai.